

# Profesora del colegio Menéndez Pelayo (1930-1933)

## MARÍA SÁNCHEZ ARBÓS

### *Una maestra convencida de serlo*

«En mi continuo contacto con la Institución aprendí más que enseñé dando clases desde párvulos hasta mayores; asistí a las colonias infantiles en verano y me vi siempre rodeada de sinceridad y de ánimos para la lucha. Aún me parece oír la dulcísima voz del señor Cossío, diciéndome: «Alma, alma, María», en los momentos de desánimo de mi trabajo».

Con estas palabras tan elocuentes María Sánchez Arbós recordaba en 1976, en el libro conmemorativo del centenario de la fundación de la Institución Libre de Enseñanza, la relación que había tenido con la ILE y, en concreto, con Manuel Bartolomé Cossío. María Sánchez Arbós (Huesca, 1889 -Madrid, 1976) fue la maestra aragonesa que más cerca estuvo de los hombres y mujeres que impulsaron aquel movimiento de renovación cultural y pedagógica que transformó la sociedad española del primer tercio del siglo XX.



Fue estudiante de magisterio en Huesca, alumna de Instituto General y Técnico de la capital altoaragonesa, ejerció el magisterio en Zaragoza y Madrid. Licenciada en Filosofía y Letras y titulada por la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, fue becaria de la Residencia de Señoritas, maestra del Instituto-Escuela, inspectora, profesora de la Escuela Normal de La Laguna y de Huesca. Pero por encima de todo, María Sánchez Arbós quiso ser maestra, trabajar en la escuela primaria. En todo momento defendió la educación popular, la escuela de quienes más la necesitaban.

Durante la II República María Sánchez Arbós dirigió uno de los nuevos Grupos Escolares de Madrid, precisamente el dedicado a Francisco Giner que se levantó en la Dehesa de la Villa. Por su compromiso con el programa educativo de la II República, una vez terminada la guerra civil, sufrió la depuración y la cárcel.

Autora de varios libros, de centenares de artículos en las más importantes revistas pedagógicas de la época como el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, *La Escuela Moderna*, la *Revista de Pedagogía* o la *Revista de Escuelas Normales*. Nos regaló su mirada de maestra en *Mi diario*, un libro emocionante que hubo de editar en México en 1961 y del que sólo se hicieron 100 ejemplares. En 1999 el Departamento de Educación del Gobierno de Aragón reeditó este diario para inaugurar la colección «Aragón en el Aula».

María Sánchez Arbós fue una maestra como las que hoy mismo son tan necesarias: una maestra convencida de serlo, una maestra comprometida con la sociedad y la educación de su tiempo.

**Víctor Juan.** Director del Museo Pedagógico de Aragón

DON MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

• • •

ANOTADO EXPRESAMENTE

PARA EL

**GRUPO ESCOLAR  
MENÉNDEZ PELAYO**



MADRID

1931

**María Sánchez Arbós**

Prologo de Africa Ramirez de Arellano

Directora del Grupo Escolar Menéndez Pelayo

A photograph of a handwritten signature in black ink on a light-colored, textured background. The signature reads "María S. arbós" and includes a small arrow pointing upwards at the end of the last name.

D. Marcelino Menéndez Pelayo  
al alcance de los niños

♦ ♦ ♦

Anotado expresamente

para el

Grupo Escolar  
Menéndez Pelayo



M a d r i d

1 9 3 1

## A los niños del Grupo Escolar Menéndez Pelayo

Hay en la vida, como hay en la tierra, hombres que son como los terrenos: o barrancos profundos, o llanuras sin límites, o cumbres elevadas hasta el cielo.

Estos, como las montañas, parece que son como guías, como anhelos de aspiración, como metas que alcanzar... Pero a veces están, como ellas, tan altos que el aire falta, y la visión se anubla, y las fuerzas flaquean, y la voluntad falla...

Y, ya que no podemos ir hacia esas montañas, vamos a intentar que la montaña venga a nosotros: Menéndez Pelayo, hombre cumbre, de indiscutible valor en el campo de los valores universales y valor el más valioso de la mentalidad española, llega a vosotros, humildemente presentado, para que conozcáis su vida, la laboriosidad de su obra, su espíritu tan profundamente cristiano, su fe tan firmemente sostenida, su inteligencia tan rica y brillantemente dotada...

Que sea su lectura para vosotros, niños de la Escuela que ostenta como mejor lema su nombre, un semillero de aspiraciones que os acerquen al ideal del hombre que fué más sabio porque supo ser más bueno.—La Directora, *Africa Ramírez de Arellano*.

---

---

## Biografía de D. Marcelino Menéndez Pelayo

Voy a poner a vuestro alcance, hasta donde llegue mi habilidad, quién es D. Marcelino Menéndez y Pelayo, bajo cuya advocación se fundó este grupo escolar que os cobija y del que yo desearía que salierais con una devoción y un entusiasmo capaces de acercaros a su obra, de conocerla un poco y de serviros de estímulo y de entusiasmo por los libros y la cultura nacional.

Nació D. Marcelino Menéndez y Pelayo en Santander el año 1856, y aunque quisiera acercarlo mucho a vosotros, lo encuentro difícil; los que más intimamente lo conocieron, los que convivieron siempre en su niñez y sus compañeros de colegio, todos nos dicen que D. Marcelino Menéndez y Pelayo fué siempre un hombrecito formal, que anteponía sus estudios a sus juegos, que concentraba todas sus ambiciones de niño en tener muchos libros, en estudiar las lenguas clásicas y en leer cuantos papeles llegaban a sus manos. Un compañero suyo de escuela, D. Gonzalo Cedrín, nos cuenta, hablando de su niñez, cómo su madre tenía que tomar toda serie de precauciones para evitar que aquel niño se pasara muchas horas de la noche leyendo libros a la débil luz

de los cabos de vela, que recogía y guardaba cuidadosamente.

Pasó a estudiar el grado de bachiller al Instituto de Santander, donde su padre era profesor, y desde el primer momento se puso a la cabeza de sus condiscípulos, sin pretensiones de ninguna clase, al contrario, siempre sencillo y despreocupado del triunfo que enorgullece, y solamente contento de satisfacer aquella ansiedad de estudiar y de saber que parece una condición especial, nacida en su misma persona.

Una de las asignaturas que más le entusiasmaron fué el latín, que no dejó de estudiar particularmente con su maestro el señor Lanuza, a quien él quería mucho, y más de un biógrafo suyo nos cuenta que a la edad de trece años, y cuando en la clase de Filosofía le correspondió actuar en el desarrollo de un tema sobre "La inmortalidad del alma", empezó su disertación hablando en latín con una desenvoltura increíble en sus pocos años, y hasta se dice por testigos que lo presenciaron, que, no terminado su trabajo con el éxito que soñaba, lloró de rabia, de rabia santa, al considerarse impotente para terminar tan triunfante como quería.

Terminados sus estudios de bachillerato, pasó a la Universidad de Barcelona. No había cumplido aún quince años y ya dominaba los clásicos latinos y castellanos; era un muchacho afectuoso y sencillo, pero amigo siempre de discusiones literarias y con una extraordinaria afición a la busca de libros viejos.

Su mayor afán era recoger cuantos libros llegaban a sus manos y enviarlos a su pueblo natal para formar su biblioteca, que constituía para él la mayor de sus delicias. Aquel muchacho, que diariamente era serio y taciturno, se volvía jovial y alegre cuando hallaba un libro curioso o tenía ocasión de sostener una discusión literaria. En los ratos libres que le dejaban sus clases, y durante los paseos

de los días festivos, se dedicaba con entusiasmo a la lectura de las obras de Pereda, el gran regionalista montañés, por quien él sentía fervorosa devoción, y escenas enteras de sus obras las recitaba de memoria, porque la tenía tan prodigiosa que, puesta al servicio de la inteligencia, que es lo más valioso, le ayudó siempre de un modo extraordinario.

Durante toda su vida recordó sus notas y sus impresiones con una frescura y una vitalidad que las hacía palpitar a cada momento.

Fué en una revista de la Universidad de Barcelona donde Menéndez y Pelayo publicó, a los dieciséis años, su primer trabajo literario, "Cervantes considerado como poeta", con una serie de notas y una erudición verdaderamente impropias de sus pocos años. No es nada extraño que ante esta precozidad se le compare y se le coloque junto a Lope de Vega, como otro ingenio prodigioso que difícilmente se dan en otra psicología que en la nuestra, donde, cuando se brilla de verdad, no hay competencia posible.

Por conveniencias particulares, dejó D. Marcelino la Universidad de Barcelona, donde tanto le admiraban y querían maestros y condiscípulos, para pasar a terminar su carrera a la Universidad de Madrid. Tenía ya entonces un juicio maduramente orientado y un carácter formado definitivamente.

Admiraba a sus maestros, por quienes sentía veneración, y los recordaba constantemente en sus notas y en sus estudios; rendía verdadero culto a la amistad; ayudaba a sus amigos y se enardecía don Marcelino hablando de los triunfos, que él mismo, con su apoyo y sus lecciones, había cimentado. En pocas composiciones literarias puso el señor Menéndez Pelayo el amoroso entusiasmo que encierra la semblanza de su principal maestro, el señor Milá y Fontanalls, y al hablar de sus discípulos predilectos,

entre éstos D. Ramón Menéndez Pidal, hoy maestro nuestro, se aplicaba aquellos versos de un famoso romance:

Si no vencí reyes moros  
engendré quien los venciera.

Una vez terminada su carrera, se dispuso a conquistar una cátedra. Sobradamente preparado estaba para ella, porque la pasión por la ciencia le dominó en absoluto y cada vez se fué internando más en ella.

Hubo necesidad de dispensarle el tiempo que le faltaba para cumplir la edad reglamentaria para el desempeño de la cátedra, y tras brillantes oposiciones y con una sólida preparación, que admiró al tribunal encargado de juzgarlo, obtuvo la cátedra de Literatura de la Universidad Central, de la que se posesionó el 22 de diciembre de 1878.

Dos años antes de obtener la cátedra, esto es, a los veinte años, con una maravillosa visión del valor de la literatura española, y ante el desprestigio intelectual con que se miraban los trabajos de los españoles, publicó Menéndez y Pelayo su obra "La Ciencia española", de la que dice el señor Rubiό, compañero de D. Marcelino y venerado maestro con que hoy contamos, que "pocas veces se habrá hecho una defensa de nuestra cultura más ardorosa, ni más brillante, ni de argumentos reforzados con más sólida erudición." Nada, pues, más genuinamente nacional que este entonces joven escritor, que además se mostraba ya un entusiasta de los medios más sencillos, y a la vez más bellos, de expresión, affirmando que "el mejor estilo es el que menos lo parece; y cada día—decía—pienso escribir con más sencillez."

Dice el señor Rubiό que "muy pocos escritores antes que él se habían preocupado tanto de la severa armonía que ha de presidir siempre a la unión de la forma con el pensamiento."

A parte de su amor extraordinario por la ciencia y de su entusiasmo por poner de relieve nuestros valores literarios, fueron para él dos ideales fundamentales la religión y la patria, y no podríamos dar una idea clara y exacta de la extraordinaria obra de este gran español si no la envolviéramos en estos dos aspectos. Fué un hombre profundamente creyente, y ni las teorías de las escuelas filosóficas entonces en boga, ni los viajes al Extranjero, ni el trato constante con personas de vivero opuestas a su modo de pensar, sirvieron para que abandonara sus creencias religiosas, que exponía, cuando llegaba el caso, con toda la sinceridad y franqueza que le caracterizaban. Por esto de que sus creencias eran profundas y arraigadas no fué nunca intransigente ni padeció jamás la dolencia de la intolerancia. Sus amigos predilectos no fueron siempre los que más armonizaban con sus ideas, y amó la ciencia y la virtud dondequiera que las halló; no quiero dejar de citaros aquí sus hermosas palabras, que dicen más que todos los juicios que sobre sus creencias pudiéramos formular: "Dios—decía—hace salir el sol de la ciencia y del arte sobre moros, judíos, gentiles o cristianos, creyentes o incrédulos, según place a sus inescrutables designios, y no es indicio de piedad, sino de orgullo farisaico, pretender para los cristianos, por el mero título de tales, la posesión exclusiva de aquellos dones del orden natural que no son incompatibles con el error teológico, ni aun con la voluntaria ceguedad del espíritu degenerado que se empeña en arrancar de sí propio la noción de lo divino." Así escribía un hombre que todo lo concebía desde el punto de vista cristiano, y en el que nunca faltaron sus protestas absolutas de sumisión a la Iglesia católica.

En cuanto a su ideal patriótico, lo concibió y lo profesó siempre, engrandeciendo a España; bien poniendo de relieve sus valores, entonces desprestigiados, bien trabajando incansantemente en sacar a la

luz todos los talismanes que podían tener virtud para servir de ejemplo y de regeneración a los españoles.

Todo lo que desde entonces acá se ha hecho en el campo de la ciencia literaria, lo removió y lo expuso D. Marcelino Menéndez Pelayo, y cuando vosotros seais mayores, es seguro que no avanzaréis muchos pasos en los estudios sin apoyaros en los escalones que él construyó y en las cuestiones que trató o que puso a conocimiento de todos los españoles. Por la obra de Menéndez Pelayo dejó España de ser despreciada y pasó a figurar en la esfera científica del ingenio humano.

Además de dedicar su vida a resurgir el pasado literario de España, él se ponía al frente de todas las empresas que se apoyaban en hacer fervoroso el amor a España, y quedaban sus trabajos, muchas veces, en estado fragmentario para tomar otra cuestión, para escribir otro libro, para desenterrar otra gloria, porque tenía el afán de abarcarlo todo, de construir todo el grandioso valor nacional que él adivinaba y veía. Por eso, al morir, una de sus frases que comprendían su labor es aquella que mencionan sus biógrafos: "¡Qué lástima, tanto que me queda por hacer!".

Desde sus tiempos de estudiante comenzó, como sabéis, la formación de su biblioteca particular, que llegó a ser una de las mejores bibliotecas literarias de España. Allí, en Santander, su patria chica, a la que tanto amaba y a la que amó más cuanto más avanzó en años, allí se cobijaba a repasar los libros, a estudiarlos, a criticarlos en el sentido de la verdadera crítica, la positiva; porque Menéndez Pelayo, hombre bueno y sabio, buscaba siempre en cada libro lo que tenía de bueno y aprovechable. Yo he oído de boca de una discípula suya que alguna vez, ávida de curiosidad, fué en busca del libro que D. Marcelino había citado en clase, para entresacar nuevas ideas, no hallando en él más párrafo aprovechable que aquel que había citado el maestro. La biblioteca que él compuso

desde sus primeros años de estudiante ha llegado a tener más de 40.000 volúmenes, y la dejó al morir a Santander, su pueblo natal; y allí la tenéis, admirablemente organizada y enriquecida, esperando siempre que vayáis a trabajar a ella, porque el espíritu inmortal de aquel gran maestro palpitará indudablemente cada vez que os vea allí ávidos de saber y entusiasmados en trabajar. ¡Lástima que aquel hombre nos dejara en edad tan relativamente joven, a los cincuenta y seis años, y cuando, como él dijo, le quedaba tanto por hacer!

Y ahora, aun cuando la mayoría no está al alcance de los niños ni es posible que los adaptemos a vosotros, os voy a dar una lista de lo que escribió, sólo a título de erudición, y para que os deis cuenta de su extraordinaria obra. ¡Quién sabe si de aquí saldrá algún continuador! De vosotros cabe esperarlo todo.

Poco después de ser nombrado catedrático publicó su obra "Historia de los heterodoxos", que acabó de confirmar la reputación de su autor. Es obra de gran fervor y entusiasmo, obra que ejerció una gran trascendencia en España; pero no es una obra imparcial, y él mismo reconoce más tarde que la obra tiene defectos debidos a su ligereza juvenil. Un año después salió impresa su nueva obra sobre "Calderón y su Teatro".

En 1882 publica la segunda parte de los "Heterodoxos", y en aquel mismo año empieza a trabajar sobre su enciclopedia "Historia de las ideas estéticas en España". Esta obra es la que engrandece la figura de Menéndez Pelayo. Aunque la obra parece por el título que se refiere solo a España, es una obra europea, porque se ocupa en ella de todas las literaturas extranjeras.

En 1888 comenzó la preparación de la "Antología de poetas líricos castellanos", y para que aprecieis con la precisión y belleza con se expresa en el tomo VI, página 170, os citaré un párrafo donde traza el

cuadro histórico del paso del desdichado reinado de Enrique IV de Castilla al glorioso de los Reyes Católicos.

"A la robustez de la organización interior, a la enérgica disciplina que, respetando y vigorizando la genuina espontaneidad del carácter nacional, supo encauzar para grandes empresas sus indomables bríos, gastados hasta entonces míseramente en destrozarse dentro de casa, correspondió inmediatamente una expansión de fuerza juvenil y avasalladora, una primavera de glorias y de triunfos, una conciencia del propio valer, una alegría y soberbia de la vida, que hizo a los españoles capaces de todo, hasta de lo imposible. La fortuna parecía haberse puesto resueltamente a su lado, y como que se complacie se en abrumar su historia de sucesos felices y aun de portentos y maravillas. Las generaciones nuevas crecían oyéndolas, y se disponían a cosas cada vez mayores. Un siglo entero y dos mundos apenas fueron lecho bastante amplio para aquella desbordada corriente. ¿Qué empresa humana o sobrehumana había de arredrar a los hijos y nietos de los que en el breve término de cuarenta y cinco años habían visto la unión de Aragón y de Castilla, la victoria sobre Portugal, la epopeya de Granada y la total extirpación de la morisma, el recobro del Rosellón, la incorporación de Navarra, la reconquista de Nápoles, el abatimiento del poder francés en Italia y en el Pirineo, la hegemonía española triunfante en Europa, iniciada en Orán la conquista de África y surgiendo del mar de Occidente islas incógnitas, que eran leve promesa de inmensos continentes nunca soñados, como si faltase tierra para la dilatación del genio de nuestra raza, y para que en todos los confines del orbe resonasen palabras de nuestra lengua?

A tan prodigioso alarde de fuerza y de poderío; a tanta extensión de imperio no podía menos de acompañar un desarrollo de cultura más o menos propor-

cionado a la grandeza histórica de aquel período. Y así fué, en efecto, aunque no con la misma intensidad en todos los órdenes de la actividad intelectual, porque no maduran todos los frutos a un tiempo, ni las peculiares evoluciones del arte se ajustan siempre con estricto rigor a la cronología política, por más que remota o indirectamente nunca dejen de enlazarse con ella. En aquel período está el germen de cuanto floreció en nuestro siglo de oro, pero casi nunca son más que gémenes. En aquel reinado nacieron, y en parte se educaron, los grandes reformadores de la poesía y de la prosa castellana en tiempo del emperador Carlos V: los Boscán, los Garcilaso, los Mendoza, los Villalobos, los Guevara, los Valdés, los Oliva; pero sus triunfos pertenecen a la generación siguiente. Salvo la maravilla de "La Celestina", todavía la literatura de los Reyes Católicos corresponde más bien a la Edad Media que al período clásico, aunque de mil modos le anuncia y prepara. El teatro se emancipa y seculariza, pero sin salir todavía de sus formas elementales, églogas, farsas, representaciones de tosquísimo artificio. La lírica se remoza en parte por infusión de elementos populares, pero en el campo de la imitación erudita no avanza un paso sobre el arte de los Menas y Santillanas. La historia, ni en Pulgar mismo, se atreve a abandonar la forma de crónica. Los moralistas más originales parecen un eco de los del reinado de Juan II. Los monumentos más importantes de la novela, como el Amadís de Garci Ordóñez de Montalvo, son refundiciones de libros anteriores.

En toda esta literatura de fin de siglo, por otra parte tan digna de consideración, lo que más se echa de menos es espíritu de novedad, audacia para lanzarse por rumbos desconocidos; lo que, a primera vista, parece que debía faltar menos en tiempo de los Reyes Católicos.—M. PELAYO."

En 1892 se le nombró bibliotecario de la Academia de la Historia, y comenzó entonces la publicación de las obras de Lope de Vega y la "Antología de poetas hispanoamericanos".

Cuando se creó en el Ateneo de Madrid la Escuela de Estudios Superiores, dió una serie de conferencias sobre "Los grandes polígrafos españoles", y desde 1905 empezó a publicar "Los orígenes de la novela" y a preparar una edición de sus obras completas, que en 1911 las distribuyó en los siguientes grupos:

- I. "Historia de los heterodoxos españoles".
- II. "Historia de la poesía castellana en la Edad Media".
- III. "Tratado de los romances viejos".
- IV. "Juan Boscán".
- V. "Historia de la poesía hispanoamericana".
- VI. "Orígenes de la novela y estudio de los novelistas anteriores a Cervantes".
- VII. "Ensayos de crítica filosófica".
- VIII. "Ensayos y discursos de crítica literaria".
- IX. "La ciencia española".
- X. "Historia de las ideas estéticas en España hasta fines del siglo XVIII".
- XI. "Historia de las ideas estéticas en España hasta fines del siglo XIX".
- XII. "Historia del romanticismo francés".
- XIII. "Poesías completas y traducciones de obras poéticas".
- XIV. "Traducciones de Cicerón".
- XV. "Calderón y su teatro".
- XVI. "Bibliografía hispano-latino-cristiana".
- XVII. "Opúsculos de erudición y bibliografía".
- XVIII. "Horacio en España".
- XIX. "Estudios sobre el teatro de Lope de Vega".

Además colaboró en infinidad de revistas y certámenes literarios, publicó estudios críticos sobre escritores montañeses, publicación de la *Revista de Archivos*, y siempre que se hablaba con él nos referían los que fueron sus discípulos, que hacía el efecto de un verdadero manantial de ciencia y de erudición.

Del discurso que leyó en el centenario del "Quijote" voy a citaros el último párrafo, en el que advertiréis la justicia de apreciación en cuanto a los caracteres de sus personajes y perfección de su prosa:

"Sancho es una expresión incompleta y vulgar de la sabiduría práctica, no es solamente el coro humorístico que acompaña a la tragicomedia humana; es algo mayor y mejor que esto, es un espíritu redimido y purificado del fango de la materia por Don Quijote: es el primero y mayor triunfo de ingenioso hidalgo, es la estatua moral que van labrando sus manos en materia tosca y rudísima, a la cual comunican el soplo de la inmortalidad. Don Quijote se educa a sí propio, educa a Sancho, y el libro entero es una pedagogía en acción, la más sorprendente y original de las pedagogías, la conquista del mundo espiritual por un loco y por un rústico, la locura aleccionando y corrigiendo a la prudencia mundana, el sentido común ennoblecido por su contacto con el ascua viva y sagrada de lo ideal. Hasta las bestias que estos personajes montan participan de la inmortalidad de sus amos. La tierra que ellos hollaron quedó consagrada para siempre en la geografía poética del mundo, y hoy mismo, que se encarnizan contra ella hados crueles, todavía el recuerdo de tal libro es nuestra mayor ejecutoria de nobleza, y las familiares sombras de sus héroes continúan avivando las mortecinas llamas del hogar patrio y atrayendo sobre él el amor y las bendiciones del género humano."

(Discurso acerca de "Cervantes y El Quijote", leído por Menéndez Pelayo en 8 de mayo 1905.)

MARÍA SÁNCHEZ ARBÓS







